

1.

RESERVA DE UN FOMENTO DE

LA CRUZ DE BENEFICENCIA

RICARDO TORRES

"BOMBITA"

IMPRESA DE JUNIO DE 1973

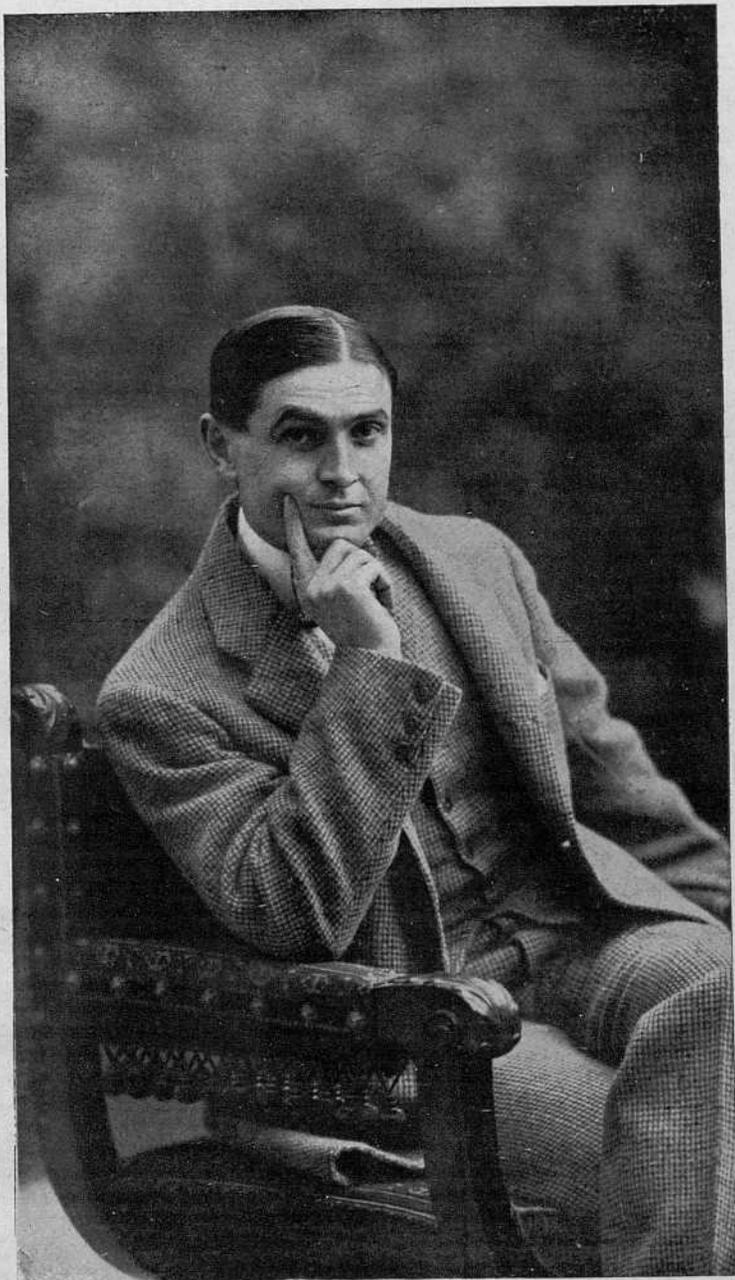
20 JUNIO
MCMXXIII

RESEÑA
DE
UN HOMENAJE

LA CRUZ
DE BENEFICENCIA
PARA
RICARDO TORRES
"BOMBITA"

Fundador de la Asociación Benéfi-
ca de Auxilios Mutuos
de Toreros.

IMPRENTA SAMARÁN Y COMPAÑÍA
MADRID
Embajadores, 64; teléf. 14-51 M.



EL FUNDADOR DE LA ASOCIACIÓN DE TOREÁDOR, RICARDO TORRES (BOMBITA)

La cruz de Beneficencia
para
Ricardo Torres, "Bombita"

Antecedentes de su concesión

Un artículo de "Don Pío,"

El día 31 de mayo de 1922 apareció en *El Debate* un artículo firmado por el popular crítico taurino D. Alejandro Pérez Lugín, *Don Pío*, en el cual solicitaba la cruz de Beneficencia para el fundador de la ASOCIACIÓN BENÉFICA DE AUXILIOS MUTOS DE TOREROS, constituida a fines de 1909.

El artículo decía así:

LA CORRIDA DEL MONTEPIO TAURINO

RICARDO TORRES, "BOMBITA", EL TORERO
CABALLERO

UNA CRUZ QUE SE DEBE

Mañana jueves, día primero de junio, celebra la Asociación benéfica de toreros su corrida anual de beneficio.

El cartel es el mejor que se puede presentar en estos difíciles tiempos: seis toros de Albaserrada para *Chicuelo*, que está para querer un año de estos y puede que coincida su fecha con la de esta corrida; *Nacional II*, tuerto en la tierra de ciegos con coleta, el único que viene demostrando pundonor y anhelos de subir en estos tiempos de derrota general, y Marcial Lalanda, el torero de moda, de quien está esperando la afición saber si puede ser o no *pué* ser.

La entrada sí que debe ser de las solemnes, o no hay gusto en la gente que acostumbra a acudir al edificio redondo de la carretera de Aragón, a mano derecha conforme no se va para Aragón.

La Directiva de la de toreros puede estar satisfecha de su gestión y aspirar al debido voto de gracias, puesto que ofrece un gran cartel, un inmejorable cartel, que es lo que hay que pedir a un empresario. Después, allá los toreros con sus ganas, su coraje, su vergüenza y con los toros.

* * *

Nunca pagarán los toreros, y singularmente los modestos, el bien que les ha hecho Ricardo Torres *Bombita*, fundador e impulsor definitivo de la benéfica Socie-

dad, y no se explica, a no ser por la obscuridad en que el torero cae en cuanto se retira, que no haya tenido el debido premio oficial el caritativo esfuerzo del caballero torero, aquí donde se han premiado con mayor facilidad hechos de menos mérito y trascendencia benéfica. Y aun de menos exposición.

Quisiera yo que el ministro de la Gobernación, todo justicia, como quien se crió y educó en su culto, leyese estas líneas de quien fué, en el apasionamiento de entonces, activo contrario de *Bombita*, y que ellas sirviesen de fundamento a la reparación de la injusticia cometida con el ex torero sevillano.

Cuando Ricardo Torres vino al toreo, el paradero de los toreros heridos de segunda fila para abajo (espadas de pocas corridas y menos retribución y banderilleros y picadores de todas las categorías) era el hospital, y la compañera segura de los suyos la miseria. Continuamente había que estar echando guantes compasivos para remediar la situación angustiosa de hambre e inasistencia facultativa de quienes no podían actuar durante mucho tiempo a causa de alguna gravísima cogida y su no menos grave convalecencia. Del oro y la alegría de la plaza se pasaba muy fácilmente a la tristeza, soledad y desesperación del hospital. Y al hambre luego.

Ricardo Torres, *Bombita*, acabó con estos dolores.

Bombita estaba en la cumbre del toreo. Un torero en esa altura, y aun más abajo, no tiene ojos más que para contemplarse a sí mismo. Cuando los vuelve a los demás, es sólo para ver, para gozar el efecto que su persona causa. Todas las admiraciones y todas las adulaciones se le rinden, haciéndole creerse centro del mundo. «Después de yo, nada.» Y, efectivamente, el resto de los mortales sólo se les aparece como el inmenso coro del aria que cantan.

Bombita no fué así. *Bombita* tuvo en sus alegrías de la altura, sentido y corazón para los dolores de los de abajo. Y acudió, solícito y eficaz, a remediarlo.

Y lo que en los deseos de los parias de la tauromaquia, que son más de los que se figura la gente, se presentaba Irrealizable tuvo realidad merced al esfuerzo y al tesón de ese hombre cordial que, en vez de desvanecerse con el incienso y los vítores de las alturas, supo ver y oír, a través de sus nubes y su música, el dolor de los de abajo. Felices los que tienen corazón.

Todos sabemos los esfuerzos de generosidad y abnegación que hay que hacer para dar cima a la realización de cualquier idea buena; más esfuerzos y más abnegación si de ello se deduce un beneficio positivo e inmediato para los hombres, porque la incompreensión humana es tan grande como la envidia que la azuza. *Bombita* venció con generosa superioridad todas las dificultades y todas las tristezas que a su buena obra oponía la ingratitud adelantada, y la Asociación benéfica de toreros surgió de la voluntad de este hombre bueno, de manifiesta generosidad cordial.

Ya no tendrían, en adelante, que sumirse en el hospital los que cayeran en la plaza. Ya la cogida no tendría su mayor dolor en el hambre de los familiares del torero humilde. Gracias a *Bombita*, habría en estos desgraciados hogares médico, medicinas y socorros, y lo que aún era mejor, la propia cama y la asistencia de los cariños familiares. *Bombita*, fundador. ¡Gran faena digna de un gran corazón! Una vez más la Caridad abrió sus alas desde la plaza de toros. Mas, por esta, era para proteger a quienes continuamente se dan a los dolores de todos.

Pero aún hubo más, mi querido amigo y ministro. Hubo el acto heroico de abnegación y de caridad que pide la Orden civil de Beneficencia.

Llegó para *Bombita* la hora de la retirada. Borrado Ricardo Torres de las listas del toreo, desaparecida su influencia sobre Empresas y toreros, que no necesitaban de ella, la Asociación benéfica de toreros, sin más ingresos que las insuficientes cuotas de socios y los de la problemática, por lo difícil de organizar, corrida anual, se hubiera venido abajo. Y *Bombita*, una vez más generoso, y ahora más que nunca, evitó el hundimiento constituyendo a aquélla un capital que asegurase su vida.

¿Cómo?

Usted sabe, caro Piniés (1), que las despedidas de los toreros, última explotación del prestigio de su nombre, son el modo seguro de redondear con los más pingües

(1) D. Vicente de Piniés, ministro de la Gobernación en la fecha de este artículo.

rendimientos de su vida el caudal amasado con tanta exposición y fatiga. En los cálculos silenciosos del capital de la retirada entra siempre esa legítima ganancia.

Guardaba el pobre Regino Velasco, en su colección de carteles, copia de un solo ejemplar hecho para el famoso *Bartolo*, en que con tosca sintaxis se dice, poco más o menos: «Al saber D. Bartolomé Muñoz que el diestro Rafael Molina, *Lagartijo*, preparaba su corrida de despedida, acudió a ofrecerle por ella diez mil duros o el 50 por 100 de las utilidades, habiendo acertado *Lagartijo* los diez mil duros, que le pagó, y ganando D. Bartolomé Muñoz otros diez mil duros.»

Las utilidades de *Bombita* en su corrida de despedida fueron precisamente veinte mil duros. Y Ricardo Torres los cedió a la Asociación benéfica de auxilios mutuos de los que aquella misma tarde dejaban de ser sus compañeros. He aquí, señor ministro, el riesgo corrido por el torero para realizar su obra. Más largo y más riesgo que el corrido por otros toreros, premiados, con justicia, por matar un toro desmandado, porque duró toda una tarde.

Así un gran corazón se despidió de la gloria, y el último beso que cambió con ella fué para dar vida a una institución benéfica que hoy bendicen todos los toreros y las pobres familias de los toreros.

Yo no sé qué requisitos requiere la iniciación de ese expediente, que quienes más obligados a apoyar, por razones de amistad con el torero, no pidieron, sin duda, por haberlo pedido en su sazón la pluma que más había combatido a *Bombita*, ya que no sea dable pensar en lo de la muerte del perro; pero sí le puedo asegurar a vucencia que sobre la justicia del premio, al otorgar a D. Ricardo Torres el título de «caballero de la Orden civil de Beneficencia», no harán más que declarar públicamente la condición caballerosa de este hombre bueno que tuvo y sigue conservando como la mejor de sus cualidades una generosidad cordial de hombre verdaderamente superior, que sabe serlo por cima de todas las pequeñeces apasionadas de la vida.

Ricardo Torres, *Bombita*, el torero caballero. Porque la caballerosidad no está en las maneras, sino en el corazón.

Don Pío, que tanto combatió al torero, llevado del explicable apasionamiento taurino, aprovecha, sin importarle lo que digan, esta ocasión de dar pública satisfacción al torero que siempre, hasta en medio de las mayores violencias, tuvo dignamente para su censor el respeto de un hombre bueno, todo cortesía y comprensión..., que ahora se me presenta con mayor relieve y hace más doloroso el recuerdo de aquellas apasionadas ligerezas que acaso hirieron a un hombre bueno que no lo merecía.

Pero esta divagación personal no es del caso. Lo que importa es que un hombre benéfico está aún sin el premio que merece y que sólo «su enemigo» fué a solicitar para él.

¿No crees tú, *Celita*, presidente de la Asociación benéfica de toreros, que ha llegado la hora de que demostréis vuestra gratitud al fundador, al hombre a quien tanto debéis, pidiendo al Poder público el premio oficial que tan bien ganado tiene y que, a buen seguro, estimará como el mejor galardón de su vida, dinero inclusive? Ninguna ocasión mejor que esta, en que celebráis vuestra función, para reunir a la Junta y acordar en dos minutos que cuando lleguéis el jueves a la plaza notifiquéis a *Bombita*—que debiera ser el asesor presidencial de esta corrida—el acuerdo de solicitar y gestionar empeñadamente la cruz de Beneficencia, que tiene más que merecida quien fué tan bueno con los suyos y supo desde la altura mirar compasivo, humanitario y caritativo a los desgraciados de abajo.

Así haremos todos un acto de justicia.

DON PÍO

La idea de «Don Pío» se acoge francamente

La idea expuesta por *Don Pío* en las columnas de *El Debate* tuvo franca acogida por la Junta directiva de la Asociación benéfica de toreros y, a la vez, por todos los toreros que tienen para Ricardo Torres, *Bombita*, la más viva gratitud por haber instituido una Asociación que les ayuda metálicamente, que les ha dignificado como colectividad y que ha sabido organizarse de la manera más perfecta posible para fortalecer la resistencia económica en la desgracia, que es frecuente en el ejercicio del torero, y una Comisión formada por D. Alejandro Pérez Lugín, *Don Pío*, como iniciador; Alfonso Cela, *Celita*, presidente de dicha Asociación benéfica de toreros; Juan de Lucas; Ricardo Anlló, *Nacional*; Policarpo Sánchez, *Poli*; Luciano Bilbao, *Lunares*; José Rodríguez, *Pepillo*; y D. Carlos Caamaño y D. Rafael Peche, miembros y funcionarios de la Asociación, visitaron al ministro de la Gobernación, duque de Almodóvar del Valle (1), a quien entregaron una instancia firmada por numerosos toreros y personas que solicitaban para *Bombita* el honor de poder ostentar sobre su pecho la cruz de Beneficencia por el bien realizado a sus compañeros de profesión y por su labor altruista y benéfica que gozaba en hacer el bien y en mitigar el dolor.

El Gobierno ofreció, por medio de su representante, hacer cuanto fuese posible, y con ocasión de haber organizado para junio de 1923 la corrida benéfica del Montepío taurino, se requirió amablemente al ministro para que activase el expediente, y al fin el duque de Almodóvar del Valle firmó la Real orden concediendo a *Bombita* la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia.

Dieron toda clase de facilidades y apoyaron la concesión el subsecretario Sr. Gullón (D. Alonso) y el Sr. Hoyuela, director general de Administración local.

La Real orden

La Real orden de Gobernación es la siguiente, según traslado que a la Asociación de toreros hizo la Secretaría del Gobierno civil de Madrid:

Hay un sello que dice:

GOBIERNO CIVIL DE MADRID

Secretaría

Negociado 4.º — Número 309

El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación me comunica de Real orden lo siguiente:

«Vistas las instancias elevadas a este Ministerio por los toreros de profesión e infinidad de personas más de distintas clases sociales en súplica de que se otorgue la cruz de la Orden civil de Beneficencia a D. Ricardo Torres Reina, en cuyas instancias se pone de manifiesto la muy meritoria labor altruista y caritativa que el propuesto lleva realizada, no sólo en pro

(1) Había cesado como Ministro el Sr. Piniés, que regentaba Gobernación cuando se escribió el artículo.

de la clase de los toreros, sino también en general en favor de los pobres y desvalidos: Considerando que ha sido el fundador de la ASOCIACIÓN BENÉFICA DE AUXILIOS MUTUOS DE TOREROS, entregando una cantidad importante de su peculio particular para los primeros gastos necesarios, habiendo sido ya socorridos miles de enfermos, de inválidos y de huérfanos de estas familias: Considerando que esta benéfica institución es el amparo y auxilio de los verdaderos necesitados gracias a la abnegación y generoso corazón de su fundador, que llegó al extremo de ceder a favor de la misma cien mil pesetas, producto de la despedida de su profesión del toreo, a la que pertenecía, y, finalmente, siempre presta su cooperación, personal y metálica, a toda obra benéfica y al bien de sus semejantes: y Considerando que esta labor verdaderamente humanitaria, caritativa y altruista de que se trata, llevada a cabo por el propuesto con todo desinterés y abnegación, es digna sin duda alguna del mayor elogio y por su índole se halla comprendida en el artículo 6.º del Real decreto de 29 de julio de 1910, puesto que ha demostrado notoriamente el sacrificio personal en bien de los necesitados, S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien conceder *la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia a D. Ricardo Torres Reina, con el distintivo blanco* que determina el artículo 6.º del ya citado Real decreto; cuya condecoración, para expedir el diploma correspondiente, queda sujeta a que por el interesado se cumpla lo que se dispone en el artículo 10 del mismo.»

Lo que tengo la satisfacción de comunicar a esa Asociación benéfica a los efectos que se interesan.

Dios guarde a usted muchos años.

Madrid, 26 de junio de 1923.—P. D., *El secretario del Gobierno*. (Firmado y rubricado.)

Aunque el traslado de esta Real orden se hizo el 26 de junio, la comunicada al interesado lleva fecha 19 y el homenaje se celebró el 20, haciéndosele entrega de la placa de oro concedida en un acto solemne que se celebró en Madrid el 20 de junio de 1923 y en el teatro Rey Alfonso, establecido en la calle de Nicolás María Rivero (antes Cedaceros), número 9.

La suscripción

Los toreros abrieron entre ellos una suscripción para adquirir la placa de la cruz de Beneficencia y pagar los demás gastos del homenaje (incluso los de la impresión de este folleto), y quisieron no molestar a nadie y ser ellos mismos, los toreros y los empleados de la Asociación, los que llenasen las listas de suscripción, como así lo hicieron.

La cantidad recaudada ascendió a 1.398,85 pesetas, conforme al siguiente detalle:

LISTA DE SUSCRIPCIÓN EFECTUADA

	Pesetas suscritas y pagadas.		Pesetas suscritas y pagadas.
Marcial Lalanda.....	250	<i>Suma anterior.....</i>	398,10
Florentino Izquierdo (Bron- cista)..	5	Eugenio Merino.....	5
Pacomio Pericáñez.....	5	José Sanchis (Rochet).....	5
Alejandro Alvarado.....	1	Carlos Gómez Elvira.....	1
José Martínez (Negrón)	2	Manuel Martos (Martitos)....	1
Antonio Iglesias	2	Luis Velasco Escriche.....	1
Pablo Baos (Sordo).....	5	Ramón López	2
Vicente García (Mellao).....	1,50	Juan López (El Tigre).....	2
Alfonso Sánchez Pagán.....	2	Ginés Carrión.....	2
Antonio García Carrillo.....	5	Victoriano Ontín.....	2
José M. ^a Morales (Perdigón)..	3	Alfredo Cuairán	5
Alfredo Cavid.....	5	Antonio Ferrer (Pastoret II)..	3
Joaquín Rubio (Formalito)....	1	Manuel Castillo Pérez.....	2
Rafael Espejo (Cuco).....	2	Benito Martín (Rubichi).....	5
Cecilio Isasi (Alavés).....	5	Francisco Almonte.....	2
Plácido Palomino.....	5	Valentín Vallejo.....	2
Juan Cecilio (Punteret).....	5	Joaquín Girado (Carrero) ..	4
Eleno Fernández (Agujetillas).	5	Juan Cabeza	1
José Rodas.....	5	Mariano Sirvent (Moyano)....	5
Antonio Baños (Calero).....	3	Antonio Cáceres (Marcelo)...	2
Adolfo Guerra.....	2	Emilio Rangel (Niño de la Au- diencia).....	1
Emilio Fernández (Sevillita)...	3	Eduardo Lalanda	5
Mariano Liñán (Francia)	5	Vicente Martín (Tinieblo)....	2
Francisco Pons (Chatillo) ..	2,50	Bonifacio Perea (Boni).....	2
Domingo Pons (Chatillo)	2,50	Antonio Tacero (Tacerito) ..	1
Enrique Salvador (Alcalaíno)..	5	Dacio Martín (Pontonero)....	5
Antonio Díaz (Cartagena)	2	Francisco Zaragoza	2
Angel Linares (Sastre).....	1	Antonio Aguilera Palomares..	2
Antonio Guerrero (Guerrerito).	5	Antonio Lozano Gea	5
Angel Martínez (Cerrajillas)...	2,60	Pedro Alarcón	2
Francisco Martínez (Pachines).	2	Juan Jiménez (Murcia).....	1
Isabelo López.....	2	Julián Llorente (Alcarreño)..	2
Angel Torrijos (Pepín).....	5	Cantaritos.....	2,50
Gabriel Marín (Farnesio chico).	4	Ramón Fernández (Habano)	2,50
Francisco Andújar (Ciérvana)..	2,50	Juan Linares (Nini).....	1
Rafael Moyano.....	2,50	Isidoro Todó (Alcalareño II)..	10
Manuel Rices	1	Juan Hidalgo (Puli).....	1
Tomás Bravo (Relámpago)....	5	Eduardo Fernández (Copita)..	2
Agustín Crespo (Crespito)....	2	Lorenzo Sacristán (Peseta)...	5
Rafael Andrade (Artillero)....	2,50	José Miragaya	0,75
José Reyes (Manosduras)....	2,50	Marcelo Herrera (Castilla)...	1
José Díaz	3	Antonio Pérez.....	3
Ramón Pintado.....	2	Julio Marquina.....	5
Francisco Morales (Piruli)....	5	Norberto de Miguel.....	1
Antonio Higuera.....	2	Joaquín Manzanares (Mella)..	1
Matías Aznar (Armillita).....	5	Pablo Suárez (Aldeano).....	1
Arturo Serrano (Arturillo)....	2	Manuel Suárez (Aldeano II)..	2
<i>Suma y sigue.....</i>	398,10	<i>Suma y sigue.....</i>	518,85

	Pesetas suscritas y pagadas.		Pesetas suscritas y pagadas.
<i>Suma anterior</i>	518,85	<i>Suma anterior</i>	807,35
Manuel Menéndez (Artillerito).	5	Sergio Pavón.....	5
Bernardo Peló (Forerías)....	1	Crispín García (Rubito de Za- ragoza).	5
Anastasio Oliete (Veneno chico)	2,50	José Gómez (Josefeto de Má- laga).	15
Isidro Barrios	2,50	Dr. Ruiz Albéniz.....	15
Luis Etival (Africano).....	1	Angel Vivas (Baturrico).....	2
Maximino Rejón (Cuatrodedos)	3	Manuel Jiménez (Chicuelo)...	150
Francisco Peralta (Facultades)	10	Justo Sánchez (Zurini).....	5
Un inglés	1	José Fernández (Madriles)...	5
José Morales (Ostioncito)...	1	Vicente Gisbert (Pala).	5
Salustiano Fernández (Chano).	5	Francisco Tamarit (Chaves)..	10
José Paradas	2	Tomás Jiménez	10
Darío Díez Limiñana.....	2	Francisco Arjona (Paje)...	5
Francisco Moreno	1	José Tortajada.....	5
Jeróni no Arana.....	5	Rafael Araix (Martincho)...	5
Francisco Sánchez Contreras.	1	José Alabáu (Pepet).....	5
Alfredo Gallego (Morato) ...	3	José Salvador (Pepillo).....	5
Telesforo González (Anguila).	5	José Sotoca (Mancheguito)..	5
José Gascón	2	José Cervera (Suizo)	5
José Fernández.....	1	José Peris (Barselles).....	5
Jesús Macaín	1	Julián Ruiz (Perdigón).....	1
Emilio Jericó	2	Francisco Alfonso (Redondillo).	2
Manuel Soler (Vaquerito)....	5	Antonio Navarro.....	5
Rafael Cardona.....	2	Vicente Fajardo.....	2
Benito Gufa.....	1	Miguel Martí.....	3
Arsenio Muela.....	1	José Guerrero (Rondeño)..	4
Eladio Abia.....	5	Toribio Navarro.....	5
Antonio Amores Madrigal....	2	Enrique Salinero (Alpargate- rito).....	5
Manuel Romero (Manolé)....	2	Vicente Pinter	5
Alfonso García Vaquero.....	2	Francisco Vila (Rubio).....	5
Francisco Godoy.....	2	Félix Rodríguez.....	5
Teófilo Hidalgo.	1	Antonio García (Bombita IV)..	10
Víctor Gómez (Cerrajas)....	5	Angel Navas (Gallito de Zafra).	10
Minutillo	5	José Riaño.....	5
Luis Alcarraz	2	Manuel Navarro.....	5
Francisco Ruiz.....	3	Emilio Mellado (Manteca)....	5
Cardona.....	2	Rosalito.....	5
Mariano Sánchez (Pelucho II).	3	Juan Pinto.....	5
Manuel Jiménez Pastor.....	2	Joaquín Miranda.....	5
Antonio Llamas.....	2	Manuel Cárdena (Céntimo)...	5
Un entusiasta	10	Manuel Pérez (Largo)	5
Antonio Segura (Segurita de Valencia)	5	Angel Pérez (Angelillo de Triana).....	5
Mariano Montes.....	5	Juan de la Rosa (Azuquita)...	5
D. Rafael Peche.....	5	José Puertas (Pepete).....	5
D. Eduardo Pagés.....	25	Francisco Reina (Utrera)...	5
Luis Suárez (Magritas).....	5	Manuel Aguilar (Rerre)	5
Luis León (Manchego)	2	Francisco Cayuela (Rolo)...	5
Demetrio Gil (Burgalés).....	2,50		
Juan Anlló (Nacional II).....	100		
Ricardo Anlló (Nacional).....	25		
<i>Suma y sigue</i>	807,35	<i>Suma y sigue</i>	1.206,35

	Pesetas suscritas y pagadas.		Pesetas suscritas y pagadas.
<i>Suma anterior</i>	1,206,35	<i>Suma anterior</i>	1,261,35
Antonio Galisteo (Sargento) ..	2,50	Carlos Vila (Rubio II).....	5
Isidoro Rivero (Riverito),....	2,50	Leopoldo Ferris (Fruterito)...	5
Emilio Rojas.....	2,50	Felipe Salsoso.....	5
Manuel García (Látigo).....	2,50	José Puchades (Tabernerito)..	15
Pedro Castizo.....	2,50	Manuel Martínez Solaz.....	10
Blanquito.....	2,50	Trinidad Pérez (Machaquito de Sevilla).....	5
Antonio Carrera (Papeleta)...	2,50	José Gutiérrez (Camero II)...	5
Enrique Ortega (Almendra)...	2	Emilio Ramón (Boltañés).....	10
Feliciano González (Pilín).....	2	Vicente Prieto Zambrana.....	2,50
José Murillo (Barberillo).....	2	José Rodríguez (Pepillo).....	5
José Fernández (Brazofuerte)	2	Luciano Bilbao (Lunares)....	5
Francisco Mesa.....	2,50	Policarpo Sánchez (Poli).....	5
Isidro Marín Navarro.....	3	Juan de Lucas.....	5
Federico Muñoz (Puñales) ..	5	Antonio Marín (Farnesio)....	5
Juan Ferrandis (Currito).....	4	Domingo González (Domin- guín).....	25
José Ortuño (Palacios).....	5	Alfonso Cela (Celita).....	25
Manuel Galea Serral.....	5		
Vicente Espí (Ventura).....	5		
<i>Suma y sigue</i>	1,261,35	TOTAL RECAUDADO.	1,398,85

El homenaje

El homenaje se realizó en dicho teatro del Rey Alfonso, con arreglo al siguiente programa:

- 1.º *Discurso de introducción, de D. Alejandro Pérez Lugin, Don Pío.*
- 2.º *Discurso del doctor D. Victor Ruiz Albéniz, en nombre de la Asociación benéfica de toreros.*
- 3.º *Lectura de composiciones poéticas de los afamados escritores y poetas siguientes:*
 - D. Juan Pérez Zúñiga.*
 - D. M. R. Blanco Belmonte (1).*
 - D. Luis de Tapia.*
 - D. Angel Caamaño.*
 - D. Ramón López Montenegro.*
 - D. Eduardo Marquina.*
- 4.º *Discurso del ex ministro y reputado orador D. José Francos Rodríguez.*
- 5.º *Entrega a D. Ricardo Torres de la placa de oro de la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia regalada por suscripción entre los toreros. La entrega la efectuarán los inválidos de la Asociación.*

Se había preparado el acto, costando inconmensurable esfuerzo convenir al homenajeado para que accediese a aceptar públicamente la entrega de la Real orden y de la placa de la cruz de Beneficencia. Y se rogó a las

(1) Leyó el actor Sr. Díaz.

personalidades, escritores y poetas mencionados en el anterior programa que contribuyesen al acto en la forma que lo hicieron y que se detalla a continuación.

La Asociación de toreros confirió a su médico el doctor Ruiz Albéniz el encargo de hablar en nombre de ella.

Mucho antes de dar comienzo el solemne acto veíase totalmente ocupado por los toreros y sus familias, críticos, ganaderos, aficionados y una heterogénea muchedumbre, en la que figuraba desde el más alto prócer de la linajuda nobleza al más modesto menestral.

Sobre las doce, el escenario, lugar presidencial, se fué ocupando por los invitados al efecto, figurando entre los allí presentes la Directiva en pleno de la ASOCIACIÓN BENÉFICA DE AUXILIOS MUTUOS DE TOREROS, con su presidente de honor, Vicente Pastor; el efectivo, Alfonso Cela, *Celita*, y los miembros de la misma Juan de Lucas, Marcial Lalanda, Ricardo Anlló, Antonio Marín, Policarpo Sánchez, Luciano Bilbao y José Rodríguez. Con ellos se hallaba el asesor administrativo, D. Carlos Caamaño; el administrador general, D. Rafal Peche; el médico inspector jefe, doctor Ruiz Albéniz, y los empleados Sergio Pavón y Carlos del Aguila.

Tras de la Presidencia, ocuparon puestos Juan Belmonte, Emilio Torres, Manuel Torres, Antonio Boto, *Regaterin*; Valentín Martín, D. Juan Corrales, el duque de Tovar, D. Manuel Retana y varios socios de honor y protectores de la entidad. A la derecha de la Mesa presidencial, los oradores y poetas D. José Francos Rodríguez, Pérez Lugín, Pérez Zúñiga, Luis de Tapia, Angel Caamaño, Ramón López Montenegro, Eduardo Marquina y el actor Sr. Díaz, en nombre del Sr. Blanco Belmonte. A la izquierda del escenario, la Comisión de inválidos que habían de entregar las insignias: *Recajo*, *Ostioncito* (éste acompañado de sus hijos), *Risao* y Pagán.

Comienza el acto

Cuando todos ocupan sus puestos, penetra en el escenario Ricardo Torres, acompañado de Vicente Pastor y Alfonso Cela, *Celita*.

Un aplauso atronador estalla en la sala. Ricardo Torres saluda emocionado. Del público salen entusiastas ¡vivas! «al padre de los toreros» y «al hombre bueno». Cuando las manifestaciones de cariño a *Bombita* cesan, Alfonso Cela, que ocupa, cual le corresponde, la presidencia, declara abierto el acto y concede la palabra a D. Alejandro Pérez Lugín, como iniciador del homenaje.

Discurso de D. Alejandro Pérez Lugín

Amigos míos: La Directiva de vuestra mil veces benéfica Asociación de toreros me ha conferido este honor por entender que me correspondía, ya que tuve la honra de ser el primero en pedir públicamente que se concedieran a *Bombita* las insignias de la Orden de Beneficencia, que tan ganadas tiene y que hoy, atendida la petición por el Gobierno, vais a colocar sobre el pecho de este hombre bueno, valeroso y caritativo.

Me complace mucho que sea este acto de justicia, por el que yo tanto me he interesado, el último en que interviene *Don Pío*.

Don Pío fué, como todos sabéis, el eterno discutidor del torero *Bom-*

bita. Los apasionamientos, que han sido siempre el alma de la fiesta hermosa, tan en decadencia hoy, como que no existen aquéllos, nos pusieron enfrente. Pero, oficientes de distintas escuelas, jamás asomó de mi parte la menor falta de consideración para la persona de Ricardo Torres, ni por parte de él, y quiero consignarlo y agradecerlo aquí porque ello hace mejor que nada la semblanza del torero a quien rendimos este homenaje, hubo tampoco la menor falta de respeto para el que le criticaba, sino antes una corrección y una cortesía que definen y honran al caballero.

Recuerdo estas cosas no para traer a colación historias viejas, sino por el valor demostrativo que ello tiene de la justicia con que ha sido concedida a *Bombita* la *cruz de Beneficencia*, que yo fuí, porque estimaba al hombre tanto como discutía al torero, el primero en solicitar en la crónica que dedicué en *La Tribuna* a su retirada. El primero y el único, porque esos apasionamientos de que antes hablaba llegaron hasta hacer el silencio a la petición del tenido por enemigo de *Bombita*.

Pero yo no lo era. Crítico, sí; enemigo, no, y por eso al mismo tiempo que discutía al torero rendía homenaje de admiración y aplauso al hombre que realizara la obra magna y extraordinaria de acordarse de los humildes desde las alturas, tan propensas al desvanecimiento y al olvido, de preocuparse de ellos y de dedicar, con tesón de hombre superior, todos sus esfuerzos a procurarles consuelo y alivio en esa hora terrible del vencimiento, en que lo menos, con ser tanto, eran los dolores del cuerpo herido, porque más que sufría el cuerpo, atenazaba y atormentaba el alma el considerar los dolores y privaciones de los que eran carne de su carne y amor de su corazón.

Y yo, que conocía cómo se habían estrellado, al pretender lo mismo, otras voluntades no dotadas de la tenacidad y el puro amor al prójimo de *Bombita*, que encontrarán acaso la mayor resistencia en los mismos que iban a ser favorecidos, porque el bien, señores, hay que tener tenacidad y valor para ejecutarlo hasta contra los mismos que van a gozar sus favores, fuí un admirador constante y entusiasta de la obra benéfica de Ricardo Torres, y sin importarme la soledad en que me dejaban muchos que por muchas razones estaban obligados a apoyar mi petición, insistí en ella un año y otro, hasta que vuestro actual presidente, Alfonso Cela, *Celita*, y esta Junta directiva, que tan acertadamente os rigen, me honraron y se honraron haciendo suya mi iniciativa.

Y ahí está esa cruz, tan bien ganada porque lo fué con sacrificio de sangre y con generosa y larga donación de dinero, proclamando la bondad, la caridad, el compañerismo y la caballerosidad de Ricardo Torres. (*Aplausos prolongados.*)

¡Cuánto le debéis, toreros que me escucháis! ¡No están tan lejanos aquellos tiempos, y muchos de los que me oyen podrían con su testimonio confirmarlo, en que el torero modesto, el subalterno, el principiante, al caer herido por los toros en el ruedo, sentía, al par que el dolor de sus carnes desgarradas, el escalofrío trágico del dolor moral que le provocaba la trágica visión de la cama del hospital y la más trágica aún de la miseria suya y de los suyos, si quedaba inútil para seguir la arriesgada profesión. Al dolor que sentían vuestras madres y esposas al veros entrar sangrantes con el dolor pintado en el semblante y a brazos de unos camilleros en la inhospitalaria buhardilla añadíase el dolor de no tener con qué pagar a un cirujano diestro, comprar las gasas y los elementos apropiados para vuestra curación.

Dolor y hambre, esa era vuestra perspectiva y la de los vuestros, hasta que el gran corazón de Ricardo Torres dijo: ¡No ha de ser! Y no fué más. (*Aplausos.*)

Con todo eso, con otras muchas tristezas por el estilo, que no enumero para no acongojar demasiado vuestro ánimo en este día de júbilo, acabó

Ricardo Torres. ¡Decidme si quien así procede no merece este homenaje de hoy y esa cruz que le hace caballero oficialmente, aunque él lo era por sí mismo, por condición de su corazón noble, caballero desde mucho antes! (*Aplausos. Vivas a Bombita.*)

Porque yo conocía esa obra y porque sabía que en ella había puesto Ricardo no sólo todos sus desvelos y el producto de muchos sacrificios, sino todo su amor y su tenacidad de hombre bueno, yo quise entonces y quiero ahora rendirle la justicia de proclamar que en la historia gloriosa del toreo el nombre de *Bombita* figurará como uno más en la lista de los buenos artistas; pero figurará como el primero de todos, y muy destacado, como inmejorable hombre y excelente compañero. (*Grandes aplausos.*)

Ricardo: esa gloria que tú alcanzaste y que hoy nos reunimos para proclamar, no lo dudes, es superior a la efímera de los artistas.

Pero ella tiene un premio mejor y que llenará más tu corazón que el que el Gobierno, ley en mano, te ha otorgado haciéndote caballero de la muy noble y caritativa Orden de Beneficencia, y ese premio es el orgullo legítimo que sentirá tu hijo por ser tal. «Corona de los padres son las obras de los hijos»; blasón de los hijos son las obras de los padres. «Mi padre—dirá tu hijo cuando le cuenten lo que has sido—fué un gran torero, un artista ennoblecedor de su profesión.»

Y sentirá la satisfacción del que oye elogiar a su padre. Pero luego dirá: «Mi padre hizo la Asociación benéfica de toreros. Consoló muchos dolores y evitó muchas lágrimas.»

Y entonces se sentirá orgulloso de ti y las letras de tu nombre serán para él un escudo de la mejor nobleza, la de la bondad, y caerá sobre tus canas la mejor de las bendiciones filiales cuando le oigas decir: «¡Mi padre fué un hombre bueno!»

El mayor bien que a los dos puedo desearos es que le veas seguir tu ejemplo.

Yo me hago intérprete de los deseos de todos los que aquí estamos diciéndote con todos, con palabras que salen del corazón: ¡Que el Cielo premie tu buena obra haciéndote feliz y velando por tu tesoro de felicidad, por todos los tuyos, y sobre todo por tu hijo! (*Grandes aplausos y aclamaciones. El Sr. Pérez Lugín tiene que saludar repetidamente y muy emocionado.*)

Discurso del Sr. Ruiz Albéniz

Señores:

Bien comprenderéis que sólo obedeciendo a órdenes superiores, impuestas por la autoridad de la Junta directiva de la Asociación de toreros, de la que soy médico inspector jefe, podría yo alzar mi voz en este día, ante este público y en ocasión en que acreditados y elocuentes oradores y lo más selecto de nuestros literatos han de acariciar con las galas de su palabra e ingenio nuestros oídos. Pero yo no podía resistirme al mandato cariñoso de la Junta, aun estando cierto de mi pobreza de medios de expresión, por dos razones que, como yo, seguramente entenderéis poderosas: Se trata de hablar de *Bombita*, de su obra la Asociación y de ensalzar su conducta, y yo he vivido la vida de la Asociación desde el momento en que surgió la idea nativa hasta este, en que ya vive con esplendor; segunda: se trata de traducir en hechos reales, claros, precisos, todo lo que esa obra de *Bombita* representa, y yo, en treinta y siete años que cuento, llevo veintidós pulsando a diario el dolor de los toreros, que co-

nocí antes de crearse la Asociación y sigo conociendo ahora, y ese contacto de tantos días—sin uno de descanso—con el dolor físico y moral de los toreros, me da una autoridad, de que carecería en cualquier otro concepto, para alzar en esta hora mi voz y hablaros, con palabras de realidad, de todo lo que respecta a la hermosa obra que hoy ensalzamos con tanto entusiasmo como justicia.

Un poco de historia, amigos míos. Un poco no más, no os asustéis. (*Risas.*)

Corría el año de 1908 cuando *Bombita*, entonces en el apogeo de su arte y... ¡de su desgracia!, por uno de sus frecuentes excesos de pundonor, había recibido en Madrid una grave cornada en un muslo, que le tenía postrado en el lecho. Acababa yo de hacerme médico, y, no tanto en calidad de tal como en la de amigo cariñoso, afecto de hermandad espiritual con Ricardo, acostumbraba a pasar junto a su lecho las primeras horas de la noche, distrayendo sus insomnios, en unión de otro leal amigo de Ricardo: Roque Barcia.

Tenía yo por entonces evidentes pruebas del corazón de *Bombita*. Con frecuencia, toreros muy humildes, heridos en las novilladas de Madrid, Carabanchel, Tetuán y pueblos de poca importancia, solían acudir a mí, demandando mis auxilios profesionales. Mi clientela distaba mucho de gozar de buena situación; con frecuencia, mis heridos habitaban sotabancos, cuartos interiores tan sórdidos de espacio como faltos de aire y luz; no era raro el caso de que, al recetar materiales de cura, el enfermo, su mujer, los que le atendían solfícitos, poniendo una cara muy triste, me preguntaban anhelosos: «Doctor, ¿costará mucho todo eso?» Y... ¡siempre era mucho lo que costaban aquellas tiras de gasa, paquetes de algodón y vendas; siempre era mucho, porque mucho es lo poco cuando de todo se carece! (*Muy bien.*)

Alguna vez, mi mano torpe, siguiendo el palpar de mi corazón, se dirigía al bolsillo del chaleco, olvidada de que allí, en un chaleco de médico principiante y pobre, no suelen habitar más que alguna que otra pobre pesetilla... (*Risas.*) No me era dable remediar la pobreza ajena porque ahito de ella estaba yo... Y entonces acudía a Ricardo. ¡Cuántas veces, después de una tarde de triunfo, cuando en aquel inolvidable cuartito de la calle de San Miguel no cabían los admiradores de Ricardo y la cola de coches y autos llegaba hasta la calle de Alcalá, cuántas veces seguía yo, astutamente, los movimientos todos de Ricardo, para aprovechar un momento en que los apretujones y palmadas le dieran descanso, y acercarme a él para decirle a media voz: «¿Vas a salir esta noche?» «¡Pues claro!» «¿Dónde vas?» «Al teatro. Tengo un palco para Apolo. ¿Tú no vas a venir?» «¡Ya lo creo! Pero antes quiero que vengas conmigo.» «¿A dónde?» «Verás... es algo triste...: un pobre muchacho..., un cornalón..., una buhardilla..., no tiene ni para una pastilla de sublimado..., precisamente hoy, que has estado tan bien...»

Ricardo me miraba furibundo. Luego me echaba las manos al hombro al verme azorado, y riendo, con su eterna y simpática sonrisa, por donde siempre se le escapó la hermosura de su alma, exclamaba: «Bueno, hombre, bueno. ¡Iremos y tendrá ese chico con qué curarse!»

Ibamos, siempre, sí. Y salía Ricardo de aquellas lúgubres guaridas del dolor, nervioso, triste, meditabundo. Y muchas veces, después, en el teatro, donde era objeto de las miradas admirativas de los hombres y las acariciadoras y deseosas de las mujeres (*Risas.*), se retiraba al antepalco, me llamaba, y muy gravemente me decía: «¿Tú crees que ese chico se pondrá bueno?... Si hace falta algo, me lo dices... Pero mira: es una pena que tenga que depender de la caridad..., eso es indigno, a veces no sé cómo dar el dinero para no sonrojarlos... Había que pensar en algo que redimiese a los toreros que empiezan de esta situación... Ayúdame. Piensa...»

Y llegó el momento de pensar, mejor dicho, de actuar. En aquellos días, que antes os recordaba, de quietud forzada de Ricardo, él, Barcia y yo, durante muchos días, que sumaron más de un mes, nos dedicábamos a planear, a discutir, a anotar las ideas bases para fundar esa Asociación de toreros que atendiera a todas las necesidades del artista desvalido. Aquel trabajo nuestro tuvo al fin forma: un anteproyecto. Los tres hombres que en él colaboramos pusimos tan recta intención y generosidad como falta de conocimiento de índole económica: ofrecimos el oro y el moro al torero herido, al inútil, al enfermo, al viejo, a las viudas y huérfanos...

Mi mejor acierto, y en ello sí que recabo la paternidad por entero, fué la sensación que tuve, al releer nuestro proyecto, de que aquello era muy bonito, pero poco sólido, y que, de todas formas, para regentar la soñada Sociedad era preciso un hombre de condiciones excepcionales, muy docto en cuestiones financieras, muy probo, muy trabajador, con una rectitud indiscutible y, por contera, separado en absoluto de la política taurina y del trato público o privado con los toreros. Dios me inspiró al dar a Ricardo para este puesto el nombre de don Carlos Caamaño. Breves palabras cambiadas entre los tres a la puerta del Congreso bastaron para que *Bombita* se percatase de que, en efecto, *aquel era nuestro hombre*, nuestro salvador, el único capaz de llevar a buen puerto la nave de nuestras ilusiones... Porque ilusiones eran, en efecto. Caamaño estudió nuestro proyecto, y nos dijo: «¡Es precioso, admirable, pero irrealizable! ¿Saben ustedes cuánto capital se necesitaría para dar esos beneficios, de que hablan, a los asociados?... Pues unos veinticinco millones de pesetas...» ¡Excuso deciros cómo nos quedamos Ricardo y yo! La boca del papamoscas de Burgos era una boquita de piñón comparada con la que abierta se nos quedó a nosotros al oír a don Carlos Caamaño. (*Risas.*) No quiero fatigaros. (*Denegaciones.*) No quiero insistir en más detalles. *Bombita* tuvo la idea, yo le di forma—mala— y busqué el hombre capaz de ponerla en marcha: don Carlos Caamaño perfeccionó, dió valor práctico a nuestro deseo y, además, se puso al timón, y logró llegar a esta esplendorosa situación de hoy, ayudado por el honradísimo e infatigable trabajador don Rafael Peche. ¿Queréis una síntesis en números de lo que es y ha sido la Asociación? Pues, aunque yo os declaro que le tengo aversión a las cifras —¡y así me va en la vida!—, por una sola vez quito el puesto a quien tan sabiamente las maneja, a Carlos Caamaño, y os presento esta concisa estadística:

Auxilios, socorros y pensiones

Lo pagado por estos conceptos desde que se fundó la Asociación, en noviembre de 1909, es lo siguiente:

	AÑOS											TOTALES		
	1910	1911	1912	1913	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920		1921	1922
	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas	Pesetas						
Auxilios a toreros heridos.....	31.855	18.200	20.375	25.395	23.470	22.530	24.585,75	19.580	18.640	19.165	17.095	34.205	33.505	308.600,75
Auxilios extraordinarios a enfermos. . .	500	159	600	1.200	2.050	1.485	1.185	125	550	150	750	1.000	1.875	11.629
Socorros por muerte. . .	7.000	4.000	7.000	8.000	7.000	1.000	3.000	3.000	3.000	5.000	3.000	5.500	9.000	65.500
Idem por invalidez. . .	»	1.000	2.000	2.000	»	1.000	3.000	»	1.000	»	3.000	1.000	»	14.000
Pensiones de invalidez.....	»	24	580	636	1.704	729	916	951	927	1.095	1.931	2.354	3.073,50	14.320,50
Totales de auxilios y socorros	39.355	23.383	30.555	37.231	34.224	26.744	32.686,75	23.656	24.117	25.410	25.776	44.050	47.453,50	414.650,25

Y el activo social es, al comenzar el ejercicio de 1923, el que se expresa a continuación:

	Pesetas
Fondo de reserva en metálico y valores.....	147.068,23
Cartillas del Monte de Piedad.....	67.112,35
Fondo de inválidos para pensiones y socorros	7.486,45
Idem de toreros que ya no actúan (veteranos).....	10.677,53
Idem del Instituto Nacional de Previsión para pensiones de vejez.....	19.508,94
Fondo de médicos especialistas para casos de operaciones o tratamientos especiales	5.942,27
Fianzas y depósitos	2.100
Mobiliario del Consultorio médico establecido en la Asociación.....	7.172,40
Mobiliario de oficinas.....	2.561,40
TOTAL DEL ACTIVO.....	269.629,57

Hasta aquí, la obra efectiva de la Asociación, es decir, de *Bombita*. Vamos a la parte moral.

Ante los que me escucháis he de declararme culpable máximo de que se esté celebrando este acto. La Directiva de la Asociación había rogado insistentemente a *Bombita* para que accediese a la realización de este homenaje. Ricardo se negaba—su natural modestia le impedía aceptarlo—; además, decía: «A vueltas de querer ustedes proporcionarme un buen rato, me lo van a hacer pasar muy malo. Eso de estar escuchando elogios a uno mismo, exagerados por no merecidos, es de las cosas que producen mayor violencia: a mí, por lo menos.»

Los ruegos eran inútiles. Para encastillarse más en su actitud de negativa, Ricardo nos habló de cómo su corazón, su espíritu, doliente por el gran pesar que amarga su vida desde el día en que perdió a su amadísima esposa, no estaba dispuesto a fiestas ni jubileos, tanto más tristes para él cuanto que había de recordarle más y más lo que con actos como este hubiera gozado su llorada compañera. Y este argumento, que hizo enmudecer a los diez o doce que en el cuarto del Palace *bregábamos* para conseguir de Ricardo que asistiese al acto, me sirvió a mí de ariete para vencer su resistencia. «Ricardo—le dije—, tú no tienes derecho a ser egoísta en nada, ni en el dolor ni en la alegría, ante aquellos por quienes siempre supiste sacrificarte. Reconozco que es cierto, que ha de producir hondo dolor en tu corazón esta fiesta de la gratitud de aquellos por ti beneficiados; pero por eso mismo debes asistir a ella: hoy ya no puedes ni debes hacer otra cosa por los toreros que dejarte querer, aplaudir y elogiar por ellos. Tú no sabes que se creen en deuda constante contigo, que mil veces se han dolido de no haber podido públicamente decir cuánto te deben y cómo viven la gratitud. Temen, y no sin razón, que la opinión les juzgue mal si al homenaje oficial que te concede el Estado no acompaña el homenaje de sus vitores, de sus aplausos, y, sobre todo, quieren dar ocasión a que sus mujeres y sus hijos, los que te nombran más y más te bendicen en las horas de dolor, ante ti se presenten para tomarte una mano y poner en ella el beso de la madre y esposa agradecida, y elevar a sus hijos hasta tu pecho para que con sus bracitos estrechen tu cuello, y tú puedas sentir, junto al tuyo, sus tiernos corazones. Ese deseo santo y noble tiene que ser respetado por ti. No puedes negarte a que los toreros y sus familias, a plena luz del día, ante el mundo entero, demuestren que son bien nacidos, puesto que saben agradecerte el bien recibido.»

Y tuve la suerte de convencer a Ricardo, y ahí le tenéis, sufriendo y gozando a un tiempo.

Ya que estás aquí, he de cumplir un encargo que he recibido, de hablarte en nombre y por mandato de los humildes, de los subalternos, de los más favorecidos y, por tanto, obligados. Escúchame, que hablan ellos por mi boca, y yo pienso con su cerebro y siento con su corazón.

Los subalternos del toreo no sólo te viven agradecidos porque con generosidad única acudiste al remedio material de sus desgracias, miserias y dolores. Te agradecen, tanto o más que eso, la obra de redención moral, de dignificación, que supiste llevar a cabo.

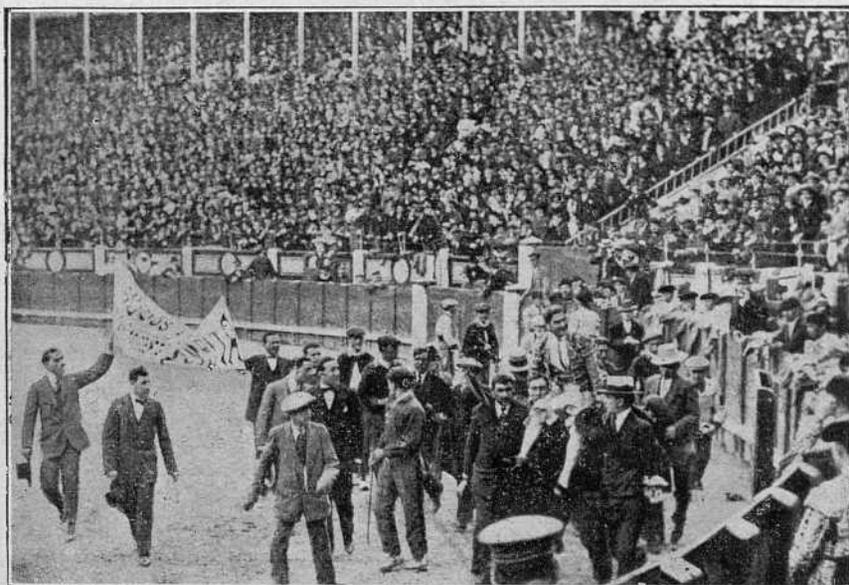
El torero no es hoy ya lo que era ayer. Todos estos que están aquí, subalternos en su mayoría, no saben ya nada de aquellas majezas y pueriles vanidades que antaño caracterizaba a las gentes del toreo. Hoy, estos artistas humildes, en su mayoría esclavos de una insensible pasión por el recio y viril arte nacional, cuando desvisten el traje de luces dejan de ser toreros, a lo menos en lo externo. Y son obreros, artesanos: unos, ebanistas; otros, albañiles o carpinteros; muchos, trabajadores del Matadero. Y viven la vida del taller, de la fábrica, del tajo, y con la misma dignidad que llevan el traje recamado de oro al salir a los medios, visten el chaquetón del trabajo, la blusa del oficio. (*Aplausos. Aclamaciones.*)

Es difícil, muy difícil, encontrar hoy a un torero disputando en la taberna o paseando las aceras de la calle de Sevilla un día y otro, durante el invierno. Es rarísimo, casi imposible, encontrar en jaranas o reyertas, en delitos y sucesos, el nombre de un torero profesional. Son hombres dignos, buenos padres de familia, toreros en el ruedo y obreros en la calle; hombres que sienten toda la emoción de la belleza, del arte, de la sangre y el sol; pero que no se dejan deslumbrar por el brillo de los caireles ni desvanecer por el humo del aplauso y admiración popular. Ya no hay *tronío*, ya no hay *majeza*, ya no hay ni un solo torero *chulo*. Son hombres de bien, personas decentes, de orden, de buena conducta, dignos de llevar el nombre de ciudadanos (*Grande aplausos y vitores.*)

Para estos hombres, pobres, modestos, pero dignos, vivir en los momentos difíciles de la vida de la caridad ajena, siquiera ésta sea la de sus compañeros, era algo que les producía rubor, malestar, repulsión legítima. Tú, Ricardo, los has librado de esa pena moral, afflictiva. Ellos saben que cuando caen heridos o inútiles les asiste un pleno derecho a ser atendidos en su aflicción, y, para el hombre digno, del derecho a la merced o favor: va toda la diferencia de lo digno a lo que causa oprobio. Esa herencia de dignidad que tú les legaste, que consolidaron Vicente Pastor, *Gallito* (éste tan enamorado o más que tú mismo de esta obra de dignificación, que hubiera colocado en lugar envidiable, a no haber cortado su vida la tragedia de Talavera), Belmonte y *Celita*, esa obra, digo, ha contribuido grandemente a hacer del torero español algo respetable, digno, acreedor de la consideración de las gentes, y en nada merecedor de censuras o ataques de la opinión.

Por tu gran idea, por tus sacrificios, por tu generosidad, por tu alteza de miras, Ricardo, los toreros ven en ti un padre. Han enseñado las madres y esposas del torero a bendecir tu nombre a sus hijos. Van a ser ellos los que pongan en tu pecho la cruz que el Estado te confiere, cruz que se gana enjugando lágrimas, mitigando dolores. ¡Bálsamo de las heridas fuiste tú, rocío para las almas de los forzados del arte recio de los toros! Cuando tu hijo sea hombre, tendrá a honra llevar el apellido que tú le legaste, pero no se sonrojará al oír decir: «ese es el hijo de *Bombita*, de un torero», porque ese *Bombita*, ese torero, fué un hombre de tan gran corazón y tan puro de ideales, que mereció la admiración de sus contemporáneos y la gratitud de generaciones enteras de los luchadores del arte español.

Por tu felicidad, que es la de tu hijo, hoy todos los toreros, todas las madres, esposas e hijos de los toreros españoles, espiritualmente hincan la rodilla, y a Dios le piden salud, bienandanzas y felicidad. ¡Esa unánime oración la supiste merecer! Es obra de justicia, como la que tú hiciste, y no de la simpatía, la caridad o el favor. ¡Los toreros españoles te pagan con el oro de la gratitud lo que por ellos hiciste! ¡Y es ese el mejor premio, el mejor galardón, la mejor cruz que un hombre bueno puede ostentar sobre su pecho! (*Grandes aplausos y aclamaciones.*)



Homenaje de los toreros a Ricardo Torres (Bombita) en la corrida en que se despidió de la profesión en la plaza de toros de Madrid el día 19 de octubre de 1913.



Entrega de la cruz de Beneficencia a Ricardo Torres (Bombita) por los inválidos de la Asociación y en presencia de los concurrentes al acto, celebrado en el teatro Rey Alfonso.

Lectura de poesías

Acto seguido comenzó la lectura de los trabajos literarios dedicado por excelsos escritores a *Bombita*.

De D. Juan Pérez Zúñiga

•Mi querido maestro don Ricardo:
¿No tiene usted el honor de conocerme?
Pues yo soy un muchacho que no duermo
pensando en torear. Por eso aguardo
su perdón hoy que van a festejarle
y me atrevo, señor, a saludarle
en verso liso y llano,
en corto y por derecho,
hincado de rodillas, gorra en mano
y todo el corazón fuera del pecho.

Tantos son, gran señor, los homenajes
que hacen hoy (con cocina y sin cocina)
a besugos de audaz a peregrina
que presumen de ilustres personajes,
que al ver uno tan justo
como éste, sin bambolla ni etiqueta,
¡no sabe usted, señor, con cuánto gusto
se adhiere al homenaje este *maleta!*

Porque usted, que exhalando por los
[poros
el arte y el valor desde un principio
(dispénsese el ripio)
llególes hasta el pelo a tantos toros
con la cruz de la espada,
bien merece la cruz con que el Estado
recompensa la acción afortunada
que usted ha realizado.

¿Que le envidio por eso? ¡Error profun-
[do!

¿Quién no tiene una cruz en este mundo,
aunque sea la cruz del matrimonio,
que parece de Dios y es del demonio?

Le envidio por las muchas bendiciones
que le brindan los sanos corazones
de la gente que vive del oficio,
en cuyo beneficio
(logrando resultados lisonjeros)
fundó usted, con un grupo de valientes,
la gran Asociación de los toreros
contra todo linaje de accidentes:
los que producen material herida
y los del hambre, con lo cual no hay vida.

¿Y usted sabe, bendito don Ricardo,
por qué razón no tardo
en irme a torear con fe y con alma
a Cuenca y a Gijón, a Utiel y a Palma?
Porque sé que si un palha o un miura

me descubre de un golpe la asadura
(sin poderla tapar con una lona)
o todo eso tan feo
que hay dentro del *chaleco de Bayona*
que hemos dado en llamar peritoneo,
hay quien vele por mí, maestro mío.
¡Dios le bendiga, pues, y al *Montepío!*
Y no canso a usted más. ¡Viva mil años,
aunque sufra tremendos desengaños
como todo el que ampara al semejante
consiguiendo que el pobre se haga rico
y reciba el aplauso más vibrante
de su fiel servidor,

El Perro Chico!

Postdata:

Le confieso que, francamente hablan-
[do,
no son míos los versos que le mando.
Me los hizo un don Juan, cuya doncella
(que es una chica bella
nacida en Fuenlabrada
y muy chula y muy viva)
me tiene *achicharrao*, la condenada,
por no quererme dar la alternativa...»

Juan Pérez Zúñiga

De D. M. R. Blanco-Belmonte

En el nombre de todas las familias
del Matadero Viejo, los Tejares
y de los demás sitios donde viven
los toreros de arranque,
escribimos a usted para decirle:

«¡Dios se lo pague!»

Cuando se habla de usted, llora la
[abuela
y se enternece nuestra pobre madre,
y mis hermanos hacen pucheritos,
y después de un silencio más que grande
parece nuestra casa
la puerta de una iglesia en que reparten
mucho, mucha limosna... Todos dicen:
«¡Dios se lo pague!»

Ya sabemos que a usted—porque usted tiene
un corazón que ni por sueños cabe
en la Mezquita-Catedral de Córdoba—
no podremos pagarle
todo lo bueno que llegó a la casa
cuando lloró la casa sin «el padre»...

Por ese Montepío
—Montesanto, decimos los chavales—
saben los que *atorean* que su gente
no andará a bofetadas con el hambre,
aunque les meta mano un *pajarraco*
con dos cuernos lo mismo que puñales...

Hay cosas que, por mucho que se diga,
no las sabe decir ni don Melquiades.
Usted sabrá entender estas palabras:

«¡Dios se lo pague!»
La cruz que se inventó para los buenos
usted se la ganó. Sobre el esmalte
usted verá como un temblor de brillo:
risa de nenes, lágrimas de madres,
que al pasar por la sala, ante el retrato
de usted—junto a la estampa del Arcán-

[gel,
se santiguan, se inclinan y *mormuran*:

«¡Dios se lo pague!»
¡Dios se lo pague a usted, torero bueno,
y hombre a carta cabal... ¡Dios se lo pague!

Hoy somos gurripatos; si los toros
nos dejan ser *fenómenos* del Arte,
como usted, velaremos generosos
por todos los hogares
de todos los toreros españoles...
Y a gloria nos sabrá que otros chavales
nos digan lo que *acá* de usted decimos:

«¡San Rafael lo bendiga!
¡Dios se lo pague!»

El amanuense de los chavallitos,
M. R. Blanco-Belmonte

De D. Luis de Tapia

Cediendo al ajeno envite
y al propio de mi derecho,
traigo mi musa al convite
para que te felicite
por la cruz que honra tu pecho.

Y a fe que siento sofoco
porque mi ignorancia es foco
que en esto da escasas luces...
Yo, la verdad, sé muy poco
de cintas, placas y cruces...

Yo sé que tú y *Pepe-Hillo*
buscasteis, en el embroque,
como *cruces* de gran brillo,
poner la *cruz* del estoque
junto a la *cruz* del morrillo...

Yo sé que esa cruz de acero
que hoy te dan, siendo sincero,
en los presentes instantes,
no ha de hacerte *caballero*,
pues eso..., ya lo eras antes...

Yo, que amigo tuyo he sido,
digo que no te ha traído
nuevo honor la cruz que exaltas,
pues antes de hoy fueron altas
las *Torres* de tu apellido.

Pero esa cruz es sanción
que hará que el pueblo repita
la antes íntima canción:

«¡Ricardo Torres, *Bombita*,
tiene muy buen corazón!»
¡Corazón que, en los toreros
como tú, buenos y fieros,
es caridad más que briol
¡Corazón que es Monte Pío
y «Hospital» de compañeros!

(«Hospital», a mi entender,
tan instalado a placer,
que hay toreros por ahí
que hasta se dejan coger
por el *gusto* de ir allí.)

¡Corazón: roja y bendita
entraña con que *Bombita*
fué torero y ganó cruces!...
¡Corazón: llama infinital...
¡Luz bajo un traje de luces!...

¡Tal fué la cordial fortuna
y el amuleto certero
que hizo esta cruz oportuna,
pues mejor quiere un torero
la *cruz* que la *media luna*!

Por tu bondad y clemencia
la cruz de Beneficencia
brilla en tu pecho sereno...
¡Quién no la tenga..., paciencial,
y... ¡a ganarla siendo buenol

Tú la ganaste, y tu fama
correrá, como la llama
de un incendio, el mundo todo...
Por ganarla de ese modo,
la Tierra entera te aclama.

Por eso el vate jocundo
te dice en tono rotundo:
«Puedes presumir sin miedo»...
«Ovación y vuelta al ruedo»...
(Y hoy el *ruedo* es todo el *mundo*)

Luis de Tapia

De D. Angel Caamaño

No a ensalzár aquí he venido
tus grandezas de torero.
Las trompetas de la Fama
las supieron ensalzar
y corrieron presurosas,
enterando al mundo entero
de tu arte incomparable
con las fieras al luchar.

Es motivo más grandioso
el que aquí nos ha juntado:
es un acto de justicia
que el cariño trajo en pos;
es momento inolvidable
de premiarte por honrado,
de alabarte como hombre,
de ensalzarte como a un dios.

En la lucha con las fieras,
los modestos lidiadores,
los toreros desvalidos
que lograban mal vivir,
valerosos resistían
de su suerte los rigores,
entre angustias dolorosas
y en continuo maldecir.

En la lucha terca y ruda
yendo en busca de la fama,
era el fin de sus afanes
siempre el mismo, siempre igual:
un arranque compasivo
y una pobre, humilde cama
en las negras soledades
de un tristísimo hospital.

Todo aquello para siempre
acabó un dichoso día.
Todo aquello, por fortuna,
aquel día terminó.
Tu altruísmo imponderable
lo mandaba y lo quería.
Tu tesón caritativo
la victoria al fin logró.

Desde entonces, los apuros
de los pobres se acabaron.
Desde entonces, todos rinden
pleitesía a tu bondad,
que sus penas fin tuvieron
y a su mal remedio hallaron
en los bienes que a montones
repartió tu caridad.

Esa cruz honrosa y santa

que en sentido cariñoso
consiguieron los humildes
congregados hoy aquí,
esa cruz ha de ponerte
como nunca de orgulloso,
porque viene bendecida
por los tuyos para ti.

No es la cruz que se consigue
por Intrigas o favores.
No es la cruz que está al alcance
del político poder.
Es la cruz que representa
sentimientos bienhechores,
y se otorga a un hombre bueno
que la supo merecer.

A vosotros, luchadores,
que al salir a la pelea
en un rezo breve y mudo
os postráis ante el altar,
impetrando de la Virgen
el favor para que sea
vuestra excelsa protectora
en el rudo batallar,

A vosotros yo os suplico
que a esa cruz tan bien ganada
la rindáis acatamiento
con hondísimo fervor.
¡Adoradla de rodillas,
que es tan santa y tan sagrada
como aquella en que halló muerte
el Divino Redentor!

Angel Caamaño.

De Ramón López Montenegro

Como en los tiempos actuales,
egoístas y crueles,
no hay más Dios ni más laureles
que unas cajas de caudales...
como no hay más ideales,
que nadar en la opulencia
y envuelve la indiferencia
al arruinado y al triste,
sorprende que alguien conquiste
la cruz de Beneficencia.

Es la cruz de más valer.
Las otras se suelen dar
por morir o por matar,
al talento o al poder,
al que cumplió su deber

y no hay por qué agradecerlo,
o al que fingió merecerlo
trabajando a contraluz.
Pero esta cruz es la cruz
del que hace un bien por hacerlo.

Dios tomó formas terrenas
para redimir al mundo;
fué su trabajo fecundo;
sembró el bien a manos llenas;
sufrió castigos y penas
por salvar al cristianismo;
pudo salvarse a sí mismo,
pero en una cruz murió
En aquella cruz nació
esta cruz del altruismo.

Un hombre llega a la cumbre
del valer y del renombre:
ya es un semidiós este hombre;
le aclama la muchedumbre.,
Pero no hay quien le deslumbré,
y, con bondad infinita,
acude al que necesita
y redime a todo un gremio.
Por eso es digno de un premio
Ricardo Torres, *Bombita*.

¡Salve, hermoso corazón!
En estas generaciones,
hay tan pocos corazones
que el tuyo es una excepción.
Recibe este galardón
con que hoy se te reverencia;
que siempre la Providencia
te evite duelos y daños,
y que lleves muchos años
tu cruz... de Beneficencia.

Ran:ón López Montenegro

De D. Eduardo Marquina

Inolvidable cumplidor
de todo deber contraído;
minucioso y emprendedor,
tan generoso en el valor
como en sus alardes medido:
merecías este agasajo
con que quieren, d: votos, honrarte
los compañeros de tu arte,
redimidos por tu trabajo;
y gustoso, a esta fiesta, vengo
a pulsar, entusiasta y recia,

una lira que trae su abolengo
de las olimpiadas de Grecia.

Te recuerdo entre el polvo de oro
de la plaza, bañada de sol,
jugando, púgil español,
a vida o muerte con el toro;
y te veo en todo momento,
probo en el arte y la pasión,
poner, en cada movimiento,
todo el peso del corazón.
Jamás con lista habilidad
buscó un atajo en el camino
tu arte, lleno de voluntad
como un vaso lleno de vino.
Fuiste valiente sin mentir;
y, en tu batalla con la suerte,
siempre sabías, al venir,
en qué sitio quedaba la muerte.
Por eso, blanca y roja, aquella
risa tuya que no se olvida,
fulgurante como una estrella,
que era un nuevo saludo a la vida,
después de verte fuera de ella.
No mentías; en toda ocasión
corrieron un mismo turbión
y ganaron una misma palma
tu muleta y tu corazón
unidos como cuerpo y alma.

Ricardo.; pero, además de estas
virtudes hombrunas y honestas,
para mí tienes la virtud
de haber sido nuestro héroe en las fiestas
de mis tardes de juventud.
Pasó el tiempo; te has recogido
a lo sagrado de tu hogar,
y otros héroes te han sucedido;
pero yo no he vuelto a gritar
como entonces en el tendido.
Corrió la vida, que en su acción
a los más corredores alcanza;
nos dejamos, en su balanza,
tú, la mitad del corazón;
yo, la mitad de mi esperanza,
y es justo que hoy, al celebrar
la recompensa merecida
que viene, en tu pecho, a cerrar
la puerta abierta de una herida,
por donde tu alma iba a escapar
de las cárceles de la vida,
mi voz se vele en la emoción
del tiempo pasado;
desde entonces hemos cortado
tú y yo la flor de la ilusión.

Venturoso de ti que ves,
al salir de la juventud,
darte espigas de gratitud
la semilla sembrada a tus pies.
Ricardo, acepta el agasajo
con que vienen, devotos, a honrarte
los compañeros de tu arte,
redimidos por tu trabajo,
y que sirva de estímulo a otros
la lección que, en tu vida, nos das;
cuando se piensa en los demás,
los demás piensan en nosotros.

Inolvidable cumplidor
de todo deber contraído,
bien te honran; pero lo mejor
que para mí tiene este honor
es que lo habías merecido.
Que en virtud, valor y templanza,
prosperando tu vida, crezca
siempre, en tu pecho, la esperanza,
y que tu hijo se te parezca.
¡No digo más en tu alabanza!

E. Marquina

Discurso del excelentísimo se- ñor don José Francos Rodríguez

Dijo así:

«Para quienes en mi modesta persona sólo vean al político, actualmente sin cargo, por dicha mía, resultará extraña mi presencia en este acto y el que me levante, después de tan inspirados trabajos y tan elocuentes discursos, a hacer uso a mi vez de la palabra en honor y exaltación del hombre a quien honráis en este acto hermoso. Pero para los que recuerden en mí lo que fué característica de toda mi vida, mi profesión de periodista, y de periodista español, por añadidura, no será causa de asombro el aprender cómo acerté en llevar a mi cargo parte del homenaje a Ricardo Torres.

¿Qué es un periodista? ¿Cuál es la primera y más alta misión de un periodista? Un periodista es el confesor del pueblo, el auscultador de los latidos del corazón de un país. Su misión más sagrada e ineludible estriba en traducir en palabras impresas lo que el pueblo siente, lo que el pueblo piensa y lo que el pueblo quiere.

A fuer de tal condición de periodista español, fui yo testigo de la gloriosa vida artística de *Bombita*; a fuer de periodista, he recibido mil veces la concesión del concepto popular en que vivió y vive Ricardo Torres.

Triunfar, ser el primero en el corazón de los toreros, sólo podía ser obra de un hombre que tuviese por patrimonio la generosidad, por norma el ser bueno y por ideal el místico, el casi divino propósito de aliviar al que sufre, consolar al triste, tender la mano hermana al hermano caído, y la inteligencia despierta para hacer el bien por el bien mismo, y como se debe hacer, justa, científica, eficazmente. (*Grandes aplausos.*)

¡Extraño caso el de Ricardo Torres! Corre en labios de las gentes del pueblo un dicho que canta una gran verdad: «Con las glorias se van las memorias»; es un hecho, que a diario la vida repite, el del endiosamiento de los hombres que llegan a la cumbre, y cuando en ella están, olvidan que sólo porque hubo gentes abnegadas que les auparon y sirvieron de sostén pudieron llegar a la anhelada cumbre del éxito, la popularidad y la riqueza. Es un hecho tan general, repito, que sólo como excepción pueden destacarse algunos casos de hombres que no sintieron el envanecimiento de sus glorias, el vértigo de las alturas, el mirar con orgullo y por encima del hombro a los que fueron sus compañeros de lucha y, por menos fuertes, por menos afortunados, se quedaron en la mitad del camino, con las alas de la ilusión rotas y, aun a veces, con el cuerpo hecho peda-

zos por haberse dejado colgajos de carne y piel en las duras espinas de las ramas del camino. (*Grandes aplausos.*)

Este es el mérito extraordinario que yo, como periodista, mil veces testigo de lo que digo, veo en Ricardo. No le embriagaron las mieles del triunfo, no endureció su corazón el haber esclavizado a un capricho el éxito, no supo, no quiso olvidar que parte de él no era suyo, de su esfuerzo hijo, sino del esfuerzo del apoyo de los demás, y puesto en situación de poder ayudar al humilde, al camarada de ayer, lo hizo generosa, amplia, constantemente. (*Grandes aplausos.*)

Pero lo hizo además de forma tal que su obra resultó perfecta.

Ricardo Torres puso en el empeño, a más de corazón, inteligencia. No pensó, como ciertos mercaderes de la caridad, en que, sembrando monedas, cosechaba afectos, plegarias en su pro, bendiciones y gratitudes: no buscaba el «Dios se lo pague» del mendigo a quien se socorre; buscaba el gesto honrado y digno, viril y ennoblecedor, que tenemos los hombres cuando tendemos nuestra mano derecha a aquel a quien proclamamos amigo generoso, el camarada honrado, el hombre que sabe hacer el bien sin necesidad de relajar nuestra dignidad. Quiso daros el bien como derecho, no como regalo o limosna. (*Grandes, prolongados, entusiastas aplausos.*)

Escuchaba yo conmovido la palabra de Albéniz cuando os explicaba, con el acento más elocuente, el de la verdad y la emoción, cómo Ricardo, postrado en el lecho del dolor, tenía su recuerdo para aquellos que, tan bravos y pundonorosos como él, cayeron también en las arenas calcinadas de los ruedos taurinos, sin tener después el consuelo de saberse atendidos con afectos y ciencia, convenientemente, para poder reponerse, en breve plazo, de sus heridas, y volver con confianza y pleno poder a la lucha. Recordaba yo también aquella tarde inolvidable en que *Bombita* triunfaba por última vez plena y definitivamente en la plaza de Madrid, y vosotros, cuando el público aclamaba por su triunfo al artista, saltabais al ruedo para elevar sobre vuestros hombros al hombre bueno. Y crucé yo la mirada con Ricardo, al pasar frente a mí, y le vi en sus ojos que de aquellos dos homenajes que a un tiempo se le tributaban tenía en más el vuestro, el de sus hermanos, el de los corazones agradecidos, que el del público, que coronaba la vida de éxitos del artista. Aquellos abrazos vuestros, aquel oprimir tembloroso de las manos que en alto lo llevaban, aquella ufanía de unos mocetones bravos, honrados y dignos, que a pleno placer se prestaban a servir de pedestal en el momento de su máxima exaltación gloriosa, aquello no volvería a repetirse, porque era el premio a toda una vida de honradez, compañerismo y dignidad, y para que su vida tenga par dentro del toreo, tendrá que volver a nacer Ricardo Torres, *Bombita*. (*Frenéticos aplausos y ¡vivas! a Bombita y al orador.*)

Ha querido el Gobierno, el Estado, la representación de nuestra Patria, pagar tan grandes merecimientos, como filántropo, honrando su pecho con la cruz de Beneficencia, Orden creada para enaltecer a aquellos que hicieron el bien a sus semejantes sin otro afán que el del bien mismo. Eres, pues, de hecho, *caballero*, aunque de derecho siempre lo fuiste. Pero con ser para ti motivo de satisfacción, y no de orgullo, el que tan preciada insignia te haya sido concedida, debe serlo más el hecho de que aquí, para entregártela, se hayan reunido tus camaradas de ayer, los pobres inválidos y heridos a quienes beneficiaste, los huérfanos de aquellos valientes que perdieron la vida en la lucha en que tú venciste y que por ti tienen pan que llevarse a la boca, estos literatos insignes, estos ilustres colaboradores de tu obra y el pueblo entero, que, representado por mí, por quien es inmerecidamente presidente de todos los periodistas españoles, ha acudido a este acto, y en él acusa su presencia con estas palabras: «Por hombre bueno, por inteligente en el bien, por generoso de corazón, a la

cruz de Beneficencia añade la cruz de nuestro homenaje, que se expresa en el recuerdo impercedero de tu nombre y en un constante voto que elevamos al Cielo, para que de él te venga larga, cumplida y constante felicidad.»

La ovación del público duró diez minutos. Muchos de los que en la sala se hallaban suben al escenario a abrazar a *Bombita* y al orador.

Contestación de «Bombita»

Hecho de nuevo el silencio, Ricardo Torres, con la natural emoción, dió lectura a las siguientes cuartillas, que se acogieron con atronadores aplausos:

Compañeros, señoras y señores aquí presentes: A todos os extrañará que yo no me haya opuesto a que en mi presencia se celebre este homenaje; pero existe algo que redunda en beneficio de tercero, y esto me quitó fuerzas para oponerme. Mi obra, dejando aparte falsas modestias, no merece tanto; mi suerte y las circunstancias me colocaron en una época del toreo en un puesto que me obligaba a considerarme padre adoptivo de mis compañeros, y conociendo cuán ingrata es esta profesión, donde por cada uno que triunfa y puede vivir en la opulencia se cuentan a miles los desgraciados que, sobre todo cuando caían heridos, pasaban por las mayores miserias, y sus familias por la enorme pena de no contar con medio para curarles y alimentarles: de cuadros que tuve el sentimiento de ver, nació en mí la idea de fundar esta Asociación. De no haberse intentado, me hubiese marchado del toreo y de este mundo con el remordimiento de no haber cumplido con este deber. Bastante remordimiento tengo de que no se me hubiese ocurrido unos años antes, para que mi sueño de Sanatorio y rentas fijas hubiese quedado asegurado el día de mi despedida del toreo. Este sueño mío lo hubiese completado con el cariño que llegó a tomar a la Asociación una de las más grandes figuras del toreo, malogrado en una desgraciada tarde en Talavera. Fué una gran desgracia para la afición y para su familia, que en él tenía su amparo; pero para el Montepío de toreros fué mayor desgracia aún. El, Vicente Pastor y *Celita* me sucedieron en la Presidencia de la Asociación, y con su actividad, seriedad y justicia hicieron que nuestra Asociación fuese engrandeciéndose, y por ello todos los profesionales debemos estarles muy agradecidos y guardarles el recuerdo que por su labor merecen.

Volviendo a mi anterior tema, lo por mí hecho es la obligación de un padre que no tiene derecho a esperar nada de sus hijos; pero los toreros son todos buenos hijos (aunque haya alguien que piense que todos no lo son), y saben agradecer lo que por ellos se hace desinteresadamente. Podría contaros muchos casos en que los toreros me han dado pruebas de sentimental agradecimiento; pero para no fatigaros voy a contaros dos que me llegaron al alma: De recién casado, fuí con mi mujer a Zaragoza para cumplir una misa ofrecida a la Virgen del Pilar, y cuando a nuestra vuelta llegamos, a las dos de la mañana, a la estación, se nos acercaron seis o siete toreros jóvenes, y para mí desconocidos, que, con los sombreros en la mano, se dirigieron a mi mujer, y le dijeron: «Señora, acepte este ramo de flores en agradecimiento al amparo en que nos dejó su esposo.» Nos estrechamos las manos, y tampoco ellos dijeron más, desapareciendo contagiados de la misma emoción.

Al año justo de haber perdido a lo que más quise en el mundo, a mi

pobre mujer, y cuando me disponía a marchar para rezar sobre su tumba, se me presentó una Comisión de toreros, en nombre de la Asociación, para que les autorizara a depositar en el mismo panteón una preciosa corona que demostrara— así me lo dijeron— que todos los toreros me tienen presente en los momentos de alegría como en los de tristeza. A estos podrían seguir otros casos en que está retratada la palabra *gratitud*; pero pasemos a lo que hoy están ustedes presenciando. Este acto, que me llena de orgullo al recibir esta cruz de manos de los que más desgracia han tenido dentro de nuestra profesión, no por lo mucho que la cruz de Beneficencia significa, sino porque son mis compañeros de profesión los que para mí la pidieron, destruyendo ese refrán que dice que «no hay peor cuña que la de propia madera». La cuña de mis compañeros encaja perfectamente en mis sentimientos.

Muchas más cosas podría contaros que os llevaran al convencimiento de que los toreros son agradecidos y buenos, porque seguramente no me podrá nadie señalar a uno que no sea bueno con sus hijos, padres y esposas.

Y ahora, antes de terminar en lo que se refiere a vosotros, compañeros, voy a permitirme un ruego: basta ya de pruebas de agradecimiento; que sea esta la última, y no os acordéis de mí más que cuando pueda necesitarme la Asociación o algún torero.

Y vaya, señores, un elogio, modesto como mío, para los señores que colaboraron conmigo en la fundación de esta Asociación, en lo que tuve un gran acierto - y perdonen mi inmodestia— al saber escoger personas que por su cultura e inteligencia supiesen interpretar mi sentir, por mal que yo lo expresara. Estas personas fueron Roque Barcia y el doctor Ruiz Albéniz, aquí presente. Bastantes días les amaneció en aquel pisito de la calle de San Marcos trabajando para las bases que habían de servir de cimiento al hombre honrado que se conformara con un sueldo, inteligente, organizador, y que no tuviese relación con ningún torero ni fuese siquiera aficionado, que pudiese tomar la Asociación como arma política taurina. Este hombre había que buscarlo. Como un relámpago apareció en los labios de Ruiz Albéniz el nombre de D. Carlos Caamaño. A buscarlo fuimos, y los dos sabemos el trabajo que nos costó convencerlo. Al fin aceptó, pero a condición de hacerlo gratuitamente y poderlo dejar cuando estuviese organizado, lo que aún no ha podido conseguir, a pesar de sus muchas intenciones, pues siempre acaba reteniéndole el convencimiento que posee de la veneración que todos los toreros le tenemos. Pusimos sobre sus manos ochenta o noventa cuartillas, proyecto de reglamento, y lo demás, todo, absolutamente todo, lo ha hecho él. Es esta una Asociación que por su Reglamento, por su administración y por su espíritu de justicia, que es el espíritu de D. Carlos Caamaño, está sirviendo de modelo a cuantas Asociaciones de esta índole se han organizado después: este es el mejor elogio, y debe ser el mayor orgullo de D. Carlos Caamaño.

Se han leído poesías de Luis de Tapia, Juan Pérez Zúñiga, Ramón López Montenegro, Blanco-Belmonte, Eduardo Marquina y Ángel Caamaño, y han hablado Pérez Lugín, Ruiz Albéniz y D. José Francos Rodríguez, que con su reconocida modestia nos honra, sobre todo a mí, con su presencia. A todos mi agradecimiento por el cariño que para mí respiran los escritos de unos y las palabras de los otros.

Quisiera dar las gracias de manera muy expresiva a todos mis compañeros, y se me ocurre hacerlo en la persona del alma inspiradora de este homenaje. Todos lo que me escuchan saben que el gran crítico taurino y enormísimo literato D. Alejandro Pérez Lugín, con su tozudez, más que de gallego, de aragonés, y con el prestigio de su firma, ha sido el alma de la concesión de esta cruz; por la cruz se organiza esta, para mí inolvida-

ble fiesta, y quiero abrazar en la persona de este hombre bueno a todos mis compañeros, gritando al mismo tiempo: ¡¡Compañeros: poneos de pie, y gritad conmigo: Viva mil años nuestra Asociación!!

* * *

Al terminar *Bombita* estas palabras, se reprodujeron los ¡vivas! entusiásticos y los que se sentaban en el escenario abrazaron a *Bombita* al mismo tiempo que le felicitaban.

El acto fué de la más alta emotividad y de la mayor excelsitud que para los toreros puede señalarse.

Y los ¡vivas! y aplausos resonaron durante largo tiempo todavía en la sala del teatro.

Se había hecho por los toreros españoles un acto de justicia solemnemente al que los condujo unidos a la Asociación benéfica que tanto prestigio tiene entre sus asociados y entre el público en general.

¡Honor al caballero de la cruz de Beneficencia D. Ricardo Torres Reina!

Entrega de la placa de oro y esmalte.—Fin del acto

A continuación del discurso de Ricardo Torres, los inválidos de la Asociación, llamados Antolín Arenzana, *Recajo*; José Morales, *Ostioncito* (acompañado de sus hijos), Alfonso Sánchez, *Pagán*, y Juan Gámez entregaron a *Bombita*, y éste tomó, el estuche que contenía la placa de oro y esmalte de la cruz de Beneficencia adquirida con el producto de la suscripción cuya lista se publica antes.

El acto fué conmovedor y no se borrará jamás de la mente de los toreros y personas que asistieron al mismo.

Muchos ¡vivas! y muy entusiastas partieron desde distintos ámbitos del teatro en favor del hombre bueno a quien se rendía público homenaje.

Hubo un ¡viva! también para D. Carlos Caamaño.

Sanjatas

120
1
2



